

Norman Cantor

# La protesta social

Ignacio Carrillo Prieto

*En tiempos convulsos, es necesaria una reflexión sobre las dinámicas de la protesta social, como esta que realiza el autor de Derechos entre adversidades a partir de las ideas de Norman Cantor.*

*A Domingo Alberto Vital Díaz*

Norman Cantor, en *The Age of Protest. Dissent and Rebellion in the Twentieth Century*, sostuvo que la clase protestante por antonomasia, la clase media, requiere de las crisis del sistema, crisis periódicas (hoy el estado habitual de las cosas) para confrontar a las elites dimitentes cleptómanas, incapaces ya de ningún liderazgo, reproducidas por endogamia, plagadas de incurables taras, morales e ideológicas, autistas o esquizofrénicas, suicidas y mortíferas.

Su protesta es normal hasta que llegan los días de revolución, días en que el régimen radicaliza a las clases medias y la elite, “minada por sentimientos de culpa”, acaba por caer. Generalmente el ejército o algún político astuto (aliado de este) llega para establecer una nueva tiranía, como ocurrió con Napoleón, al que Madame de Staël supo descifrar: un innegable espíritu de usurpación y conquista, que dijo Constant, y en el que el honor de Francia finalmente no tenía nada que ver con la ambición desmedida de un brillante matemático.

La protesta no es estéril ni resulta ineficaz y no es preciso insistir que ha logrado avances, a veces espectaculares, como la independencia de Irlanda, la de India, el voto femenino, la erradicación del *apartheid*, la integración racial de los espacios públicos en Norteamérica, la caída del soviétismo checoslovaco, en donde la desa-

zón de los intelectuales y de la gente de la cultura (Havel era teatrera) jugó un papel decisivo en la precipitación final al abismo y la extinción por implosión del régimen, pues ahí “el arte y la literatura se hicieron portavoces del *sentimiento* más que del *razonamiento*”, lo que no deja de ser preocupante y ambiguo para el futuro en el que los dos ingredientes de la modernidad, el *relativismo* y el *irracionalismo*, seguirán orientando el camino por recorrer, un largo y sinuoso trayecto minado de obstáculos, de sorpresivas curvas y de derrumbes a uno y otro lado del arcén, a izquierdas y derechas por igual.

Habría que recordar que la protesta militar, la de la tropa, y las reacciones de la oficialidad joven, logró la defenestración de los Romanov y ayudó a los propósitos de Lenin, pues la gran guerra (1914-1918) fue la revelación del rostro del Minotauro, la cara horrorosa del capital en su cruel e implacable lógica ante la que el sindicalismo de entonces dobló dos veces las manos, cuando no se opuso a la conscripción férrea de los trabajadores, montado en la habitual y viciosa patriotería y después, al fracasar su llamamiento a la “huelga general”.

Otra manifestación del papel de los soldados del ejército francés —que había paladeado la gloria, la *gloire* de las victorias napoleónicas— fue cuando quedó atra-

pado en los infames lodos del Marne, reducido a librar una estéril guerra de trincheras, aberración digna de la pobre (lo es siempre por definición) mentalidad de los estados mayores, plagados de viciosos y ambiguos señoritos, en mar y en tierra, tipología recurrente y universal. Retobos y malestares intracastrenses son por regla general silenciados y se pasa sobre ellos rápido como pisando inmundicias que más valdría no mirar. Pero en el caso francés la cosa era inocultable. El honor del lodazar del Somme significaba una agonía interminable. A seis semanas de iniciada la guerra en Francia había perdido 600 mil hombres, digamos 100 mil por semana, cuota estremecedora aunque incapaz de detener a los bravucones regios y palaciegos, indiferentes a todo lo que no fueran sus intereses inmediatos, refractarios a toda solidaridad humana.

Soldado y solidaridad son, como ya se ha visto, términos antagónicos, contrarios y contradictorios, si se me vale esta licencia lógica y todo en aras de una estupidez sucia, el “honor nacional” que para los milicos sólo existe como pretexto para disparar, cobarde licencia para matar, arropados en banderas y cornetas, almares y condecoraciones pueriles.

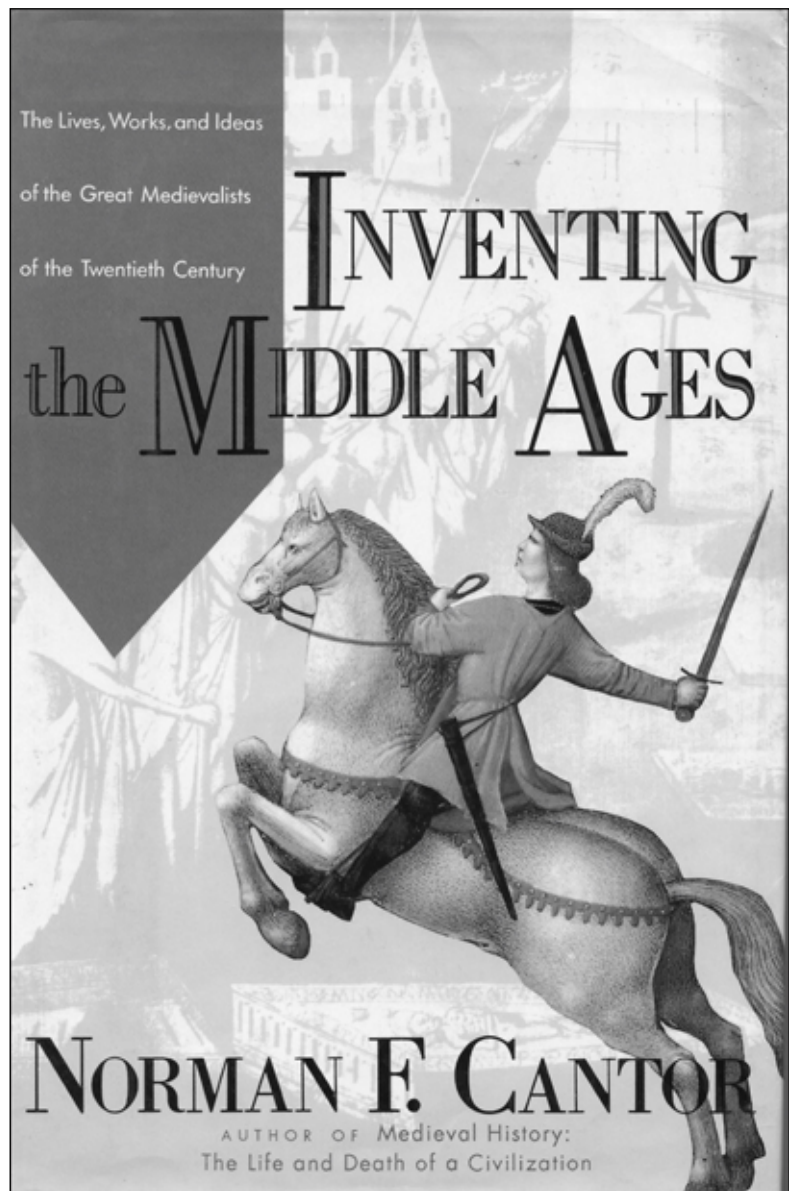
La herencia que dejaron los motines fue pesada y amarga. Lo que ocurrió en 1917 en el ejército francés se extendió a toda la sociedad como un cáncer voraz: el rencor y la hostilidad del hombre de la calle hacia los políticos, la falta de fe en el destino nacional, el egoísmo, las indolencias e insolidaridades que abrieron la puerta a la invasión y a la derrota en la siguiente guerra, la de Pétain y De Gaulle, el escenario de Malraux pero también el de Brasillach, de Drieu La Rochelle, de Montherlant, el gran teatro que representaron *La trahison des clercs* (que ya va por la milésima función ininterrumpida).

Cantor llega a concluir que, “por sí misma, la protesta no es ni buena ni mala, es un medio común y generalmente efectivo de forzar cambios en la sociedad moderna”.

*La mayor parte de las transformaciones políticas y sociales importantes habidas en el siglo XX fueron aceleradas cuando no causadas por los movimientos de protesta.*

La protesta es un vehículo tanto de izquierda como de derecha. Las virtudes de un movimiento de protesta en particular *debieron juzgarse tomando en cuenta quiénes protestan y cuáles son sus objetivos* (hoy más que nunca con el protagonismo del neofascismo derechista, del integristismo inviable, añejo y nostálgico, del nacionalismo autista, de la crispación de las elites amenazadas en sus privilegios inmerecidos y su *horror vacui* cuando miran el abismo abrirse a sus pies para tragárselas completitas).

La protesta sirve para que la gente *insatisfecha, frustrada y desarraigada* encuentre, al menos de momento, alguna satisfacción. Los movimientos de protesta ofrecen *una evasión de la vida diaria*, con frecuencia aburrida y rutinaria, propia de la sociedad industrial. El movi-



miento también proporciona la satisfacción de participar en un afán colectivo de tipo idealista. Incluso los miembros del gobierno y de la universidad opuestos a la protesta se sienten liberados de la rutina y —dice Cantor— experimentan un mayor sentimiento de comunidad en el proceso de contratacar al movimiento protestante. En su momento culminante, *la protesta se convierte en una forma de vida* (y a veces en un medio de vida). Un seguro de desempleo, en una pensión vitalicia, una sinecura. En México hay tristes ejemplos, encabezados por dos o tres que hicieron de sus tragedias personales un rentable espectáculo, viejos compañeros de la simulación y la connivencia ignaras, mercachifles de sangre, la de sus hijos.

Según el profesor norteamericano hay dos clases de protesta: “*disconformidad intelectual* generalizada y rebelión abierta, por una parte y, *confrontación organizada*, por la otra, en donde la primera es condición para la segunda”.

El paso de la disconformidad intelectual (o, mejor dicho, ética) a la confrontación demanda *correas de trans-*

*misión* entre el deber ser y la realidad que lo contradice. El desprestigio universal de los partidos y asociaciones políticas ha sido la causa eficiente de la búsqueda de otros medios y mecanismos más participativos y menos burocráticos: es el reino de las ONG que pueden a veces ser la Quinta Columna de los opresores, validos de sus riquezas, tentadoras y emasculantes.

“De una ideología y de una nueva evaluación cultural surge directamente el movimiento de confrontación, que *se aprovecha de la desmoralización del sistema* y utiliza la nueva retórica cultural en su *denuncia del viejo régimen*”. Sostiene Cantor que la mayor parte de estos movimientos del siglo XX han enfocado el problema de la desigualdad de los trabajadores y de los pobres y *pocas veces, sin embargo, fueron dirigidos por trabajadores*, pues “la protesta —insiste Cantor— es un fenómeno de la clase media” (aunque México sea una lamentable excepción pues “las medias” aquí se han paralizado de temor).

“No sólo los portavoces de la protesta intelectual, sino *también los líderes de la confrontación* han sido, casi sin excepción, gente de la *clase media* con buena educación, oportunidades profesionales a su alcance y *mucho tiempo libre*, consecuencia de la *alineación* de la clase media en su ambición de hacerse con el poder que disfruta el sistema”. Añádase a esto la tesis de que *todos los movimientos de protesta se centran en cuestiones de tipo moral* y recuérdese que es la burguesía la clase social que más se preocupa de las moralidades y, así, conclúyase descifrando esta aleación insólita de moral burguesa y de política lodera en que la primera tiene como tarea hacer menos áspera la realidad político-social y su fundamento estructural, espejismo reiterado e infértil.

Cantor advierte que “todos los movimientos principales de protesta del siglo XX *se han apoyado en la fuerza, mucha o poca*”. Esta, si escapa al control de los dirigentes y a la persecución de sus precisos y puntuales objetivos, *deviene en revolución*, la que entonces se presenta como *la única salida posible*.

La paradoja es evidente, pues mediante conflictos sangüinarios se busca poner fin al conflicto social. Gandhi vio este dilema pestífero con absoluta claridad al optar por otros medios excluyentes relativamente de violencias, físicas y morales. Después vendría el separatismo y renacería el odio que acabaría por matar al Mahatma.

Es perogrullada inolvidable la hibridación de protesta social y medios de comunicación pues la primera sólo es eficaz a plenitud gracias al vehículo de los segundos, la Red hoy en primer lugar. “La protesta se nutre de publicidad”, y no es nada sin los medios y, para decirlo claro, es materia vendible, no menos que las historias rosas de la gente del *couché*. Hoy los barones de las televisoras deben poder competir con las redes, imparables, inextinguibles que no pueden ser sofocadas, aunque muchos poderosos pretendan ponerlas en sordina.

Desde el ángulo personal, la protesta requiere “una enorme energía y la buena disposición de sacrificar la carrera y la posición social. Por eso la mayor parte de los contestatarios tienen menos de treinta años”. Dice Cantor, además, que “la protesta no es para los viejos”, aunque hoy el profesor de la Era de la Protesta tendría que encontrar una excepción: los viejos que protestan ante un mundo en que su retiro y jubilación, sus pensiones, son lo que menos importa a la mayoría, y los obliga a salir a la calle a reclamar lo que es suyo y que se les escamotea mezquinamente.

Que la protesta engendra protestas es casi una ley en estas cosas, pues “cuando un grupo realiza con éxito una confrontación esto, inevitablemente, sirve de estímulo a otros grupos”. Con la globalización el fenómeno imitativo aparece en todo el mundo y no sólo en el lugar del enfrentamiento y su periferia nacional.

Quizá lo de mayor fertilidad heurística, en el recuento de Cantor, sea su tesis de que “los movimientos de protesta del siglo XX pertenecen a una más amplia categoría de la civilización occidental: la fragmentación de la elite”.

El disenso, la rebelión y la revolución no han sido por lo general, en la historia de Occidente, el resultado de un levantamiento en masa... Las masas se levantan pocas veces —los obreros, y campesinos son ignorantes y egoístas y están abatidos y desorganizados— y cuando lo han hecho por su cuenta han sido aplastados por el orden establecido y por los que regentan el poder. Las grandes conmociones nacen, casi siempre, cuando una parte de la elite —es decir, de las clases educadas y acomodadas— se siente insatisfecha con las oportunidades que se le ofrecen de lograr el poder y “la felicidad personal” y entonces trata de penetrar por la fuerza en el sistema. Esta tendencia de las elites tiene, al decir de Cantor, un origen remoto en el siglo XII reforzado en el XVIII: *norma de cambio*, mediante la cual los nuevos grupos prósperos y educados de la sociedad afirman su derecho al poder político en consonancia con su capacidad intelectual y económica.

Un octálogo en vez de decálogo, un listado nomológico cierra la reflexión de Cantor, quien ofrece las reglas para tener éxito en la *confrontación directa*, reproducido aquí *in toto*:

1. *Organiza con cuidado*. Trata de conocer bien las fortalezas y las debilidades de tu persona. Proyecta, con la debida anticipación, todos y cada uno de tus pasos.
2. Plantea las cuestiones que tengan *el mayor atractivo ético* para los demás y no lo que a ti te interesa personalmente.
3. Utiliza *una retórica elemental* de vago contenido pero de *alto voltaje emotivo*. La repetición incansable de epítetos hará que formen parte del lenguaje diario y hasta el sistema los legitimará al usarlos.

4. Publica sin parar *listas de las demandas* y hazlas cada vez más largas.

5. *La fuerza es una técnica inevitable*. Elige los medios (huelgas, sentadas, ocupación de edificios, marchas, que-  
ma de símbolos, pedrizas contra la policía, parodias de la  
autoridad). De lo que aquí se trata es de conseguir *un má-  
ximo de publicidad con un mínimo de daño a los estereoti-  
pos de la clase media*.

6. *Procura*, por medio de la rudeza, de la violencia y  
del aumento de las demandas, *que el sistema responda con  
medidas represivas* (en particular con el encarcelamiento,  
la expulsión, la deportación, la desaparición de personas):  
*es esencial que la policía (o el ejército) intervenga*. Enton-  
ces, proclama que las autoridades se negaron a negociar  
o no entendieron las razones, que interpretaron mal tu  
posición y *que recurrieron a la brutalidad policiaca*. Al lle-  
gar a este extremo, puedes ya usar la máxima violencia (ase-  
sinatos, motines, venganzas y linchamientos).

7. Pide *la amnistía* puesto que lo que hiciste fue reve-  
lar una gran injusticia a la sociedad. *Exige un nuevo go-  
bierno con tu participación* y que se someta a la totalidad

de tus demandas. Consiente en aceptar las tres cuartas  
partes de lo que pedías, más *la humillación pública de los  
líderes del viejo régimen*.

8. *Proclama un nuevo espíritu de reforma*, una nueva  
comunidad. Anuncia que estás dispuesto a emprender re-  
formas y a buscar la pacificación pero, comienza a *planear  
la siguiente* confrontación frente al incumplimiento de las  
promesas.

¿Cantor, Maquiavelo, Gracián, Bakunin?... ¿Todos  
a la vez?... ¿Hay otro modo? ¿Thoreau, King, Mandela,  
Gandhi? Habremos de empeñarnos por encontrar el  
hilo de Ariadna a fin de salir del laberinto de la inequi-  
dad y de nuestro peculiar dédalo de tristona soledad, em-  
papada de sangre fratricida desde la honda herida, aún  
no cicatrizada, que es la Plaza de Tlatelolco, la de los sa-  
crificios imperdonables no castigados aún por criminal  
amnesia, la del autoritarismo de ayer, que hoy asoma la  
cabeza en todos los horizontes de la dura patria nues-  
tra, rehén de las nulidades de sus elites depredadoras,  
cleptómanas e ignorantes. **u**

